

«FINNA» – © 2020 by Nino Cipri

«Defekt» – © 2021 by Nino Cipri

Cita que aparece en el colofón – © 2014 Ursula K. Le Guin

Primera edición, noviembre 2022

© Arte y diseño de la cubierta de Laurielle

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Corrección y maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-125717-6-9

Depósito Legal: SE 2059-2022

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

AVENTURAS EN EL LITENVERSO

NINO CIPRI

Traducido por
Carla Bataller Estruch

 **Crononauta**

¡Atención!

Este volumen contiene dos aventuras situadas en un multiverso lleno de elementos extraños y sorprendentes. Ambas novelas, *FINNA* y *Defekt*, son complementarias y transcurren al mismo tiempo, aunque en lugares distintos. Leerlas en el orden establecido o inverso no altera el gozo de la lectura.



F:INNA

Para mis abuelas. Os echo de menos.



CAPÍTULO

1

El autobús abandonó a Ava en las afueras del vasto aparcamiento de LitenVärld, a más de un kilómetro de las puertas. La tienda destacaba como un gigantesco grano cuadrado en el paisaje, al que el viento de febrero hubiese reducido a unos montículos de nieve que ondulaban con suavidad. Ava caminó con aire lúgubre hacia la fachada, pintada de un alegre azul cielo y amarillo girasol. El aparcamiento estaba prácticamente vacío. Era martes y hacía un tiempo de perros. ¿Quién querría ir a comprar en un día así?

—Puto Derek —musitó al viento, maldiciendo al compañero de trabajo que se había puesto enfermo.

Si el mundo fuera un poquitín justo, Ava estaría en la cama, alternando entre el atracón de Netflix con largos intermedios para escuchar a Florence and the Machine y el sentirse activamente como un mojón. Eso era lo que quería de sus días libres: la misma cantidad de tiempo para alimentar su corazón roto que para distraerse del sentimiento. No había hecho nada más desde su ruptura con Jules hacía tres días.

LitenVärld era el hijo ilegítimo de otros grandes almacenes más populares; se hallaba en los márgenes entre los gigantes de artículos para el hogar y los expertos en mobiliario minimalista. Vendía muebles que estaban a caballo entre el pulcro diseño escandinavo y el americano burgués, pero ninguno exhibía las virtudes de estos estilos. En vez de secciones, la tienda conducía a la clientela a través de una perturbadora procesión mal coordinada de salas de exposición temáticas, cuyos diseños pasaban de lo barroco a lo posmoderno. Las salas se sucedían de una forma incómoda, como hábitats en un zoo hipercomprimido.

Estaba el hábitat para el Instructor Blanco De Yoga Que Se Apropiaba De Todo Lo Asiático, con tatamis y una estatua de Shiva, y a su lado se apiñaba el Dormitorio De Don Señor Rockabilly, con un futón de cuero negro y pósteres de Quentin Tarantino.

Ava se dirigió al Cuarto De Juegos De Su Majestad, una zona infantil con temática de princesa, donde había una entrada a la sala de personal y al reloj de fichar. Le provocaba dolor de cabeza prestar demasiada atención mientras recorría la tienda, incluso usando los atajos que solo conocían los empleados. Lo mejor que podía hacer era apagar la visión periférica y concentrarse en su objetivo.

«A lo mejor Jules no viene hoy», pensó mientras se apretujaba para pasar junto al llamativo trono en miniatura. Ava le había dicho que necesitaba espacio y había cambiado su horario para no tener que verle en el trabajo. Jules la había escuchado con aire sombrío, para luego encogerse de hombros y decir:

—No pienso pelear por un territorio en el que ni siquiera quiero estar. Odio ese lugar.

Ava tampoco quería esperar que le hubieran despedido, pero ¿un deseo general de que Jules no estuviera en la tienda? Eso le parecía bien. Le chique ya había usado su última ausencia justificada del trimestre; a lo mejor había dimitido.

Se aferró a ese pensamiento (que Jules quizá no estuviera en LitenVärld ese día) y odió que la reconfortara tanto. Fichó, arrojó sus cosas en la taquilla y se preparó para salir a la tienda. Habría tenido que ir ese martes de todas formas. Podía hacerlo.

Según doblaba la esquina para salir de la sala de personal, se estampó contra su ex.

—Mierda, lo siento —dijo Jules, distraído. Y entonces vio con quién estaba hablando y se quedó de piedra—. ¿Ava? ¿Qué haces aquí?

Jules traía consigo el frío: el hielo se aferraba a su chaqueta y a los finos extremos de sus trenzas, la nieve derretida fluía por su piel marrón. Olía a lana mojada y al desodorante Old Spice, algo que a ella siempre le había resultado sorprendentemente atractivo. Ava retrocedió fuera de la zona de peligro hasta alcanzar el olor a café rancio y a costras viejas de salpicaduras de comida del microondas que emanaba de todas las salas de personal.

—Me han llamado. El puto Derek está enfermo. —Jules parecía al borde del pánico. A Ava le dio pena; ella había estado preparada para aquello, pero elle no—. Es solo por hoy.

—Vale —replicó Jules. Estaba recuperando la compostura de un modo visible—. Pues voy a...

Hicieron esa molesta danza impuesta sobre dos personas que pretendían pasar una junto a la otra por un espacio reducido. Al final, Ava retrocedió hasta la pared y le indicó a Jules con un gesto que pasara.

—Vete, anda —le espetó.

Jules abrió la boca para replicar, luego la cerró y pasó junto a ella. Al hacerlo, Ava se fijó en la bufanda que llevaba alrededor del cuello: verde claro con puntos azules, marrones y grises, tejida con lana gruesa. Se la había hecho a Jules por Navidad. En retrospectiva, el proyecto había surgido de la esperanza apremiante de que les dos pudieran volver a estar juntas, como coser unas puntadas frágiles sobre los enormes agujeros que se abrían entre ellos.

—¿Eso es...? —preguntó, señalándola.

Jules parecía perpleje, hasta que bajó la mirada con semblante tenso. Las emociones siempre se reflejaban con claridad en su rostro y reaccionó como si Ava hubiera encontrado una serpiente alrededor de su cuello.

—Da igual —dijo esta, y huyó por el pasillo hasta la tienda.

— oOo —

Ava se ofreció voluntaria para trabajar en el mostrador de atención al cliente con Tricia, la encargada, y estar así lejos de Jules, que estaba en reposición y montaje. Tener el corazón roto era como una resaca persistente: letargia, dolor de cabeza, la creencia inquebrantable de que el mundo es cruel, dejar de sentir el paso del tiempo. Resultaba duro mantener la puñetera careta de persona diligente cuando una se sentía completamente muerta por dentro. Los minutos transcurrieron a paso de tortuga mientras Ava intentaba parecer ocupada y Tricia revoloteaba detrás de ella.

Una joven de piel olivácea y abundante cabello castaño oscuro se acercó al mostrador, y Ava se giró hacia ella con desesperación.

—Buenos días —dijo, intentando inyectar un poco de alegría a su voz, sobre todo por Tricia. A Ava le pareció que sonaba estrangulada.

—Hola —saludó la mujer—. Siento molestar, pero creo que he perdido a mi abuela.

—¿Que la ha perdido?

—Estaba justo detrás de mí en las salas de exposición. Me di la vuelta para preguntarle su opinión y había desaparecido. Llevo diez minutos buscándola y... —Calló, encogiéndose de hombros con impotencia.

Ava se volvió hacia Tricia y retrocedió de un brinco cuando vio que la encargada ya estaba pegada a su espalda. Ni siquiera la había oído aproximarse.

—Siento mucho oír eso —dijo Tricia con gravedad. Lucía una de las Caras Administrativas que Jules, al parecer, la había visto practicar a solas en su despacho: Tranquila y Al Mando. Ladeó la cabeza y las mechaz rubias de su peinado típico de gerente del medio oeste reflejaron la luz—. Haremos un anuncio por megafonía. ¿Cómo se llama?

—Ursula —respondió la joven—. Ursula Nouri.

Tricia asintió con gesto serio mientras cogía el teléfono y pulsaba un botón. Su voz salió en un chirrido por los altavoces.

—Buenos días, compradores. ¿Podría Ursula Nouri reunirse con sus acompañantes en el mostrador de atención al cliente? Ursula Nouri al mostrador de atención al cliente, por favor.

Ava intentó tranquilizar a la mujer con una sonrisa. Tricia lo abordaba todo con una gravedad que solía reservarse para funerales de Estado y negociaciones de rehenes.

Tricia depositó el teléfono en su soporte.

—¿Podría decirme cómo iba vestida su abuela?

La chica asintió.

—Llevaba un abrigo rojo y unos guantes púrpura de lana. Ah, y un bolso de cuero. Tengo una foto suya, ¿ayudaría?

Tricia y Ava miraron obedientes la imagen que les enseñó la chica en su móvil. Ursula parecía una abuela promedio: cabello blanco recogido en un moño bajo en la nuca y una camisa amplia sobre su cuerpo rollizo. La foto era obviamente una selfi de Ursula con su nieta, donde las dos sonreían a la cámara de la misma forma.

—Parece maja —aventuró Ava.

—Lo es. O sea, te dirá sin rodeos si se te ve mucho el canalillo o si tu novio es un inútil, pero... —La mujer perdió el hilo, mirando con fijeza la pequeña pantalla. Al cabo de un momento, consiguió decir—: Normalmente no se aleja de esta forma. Sabe que me preocupó mucho por ella, porque es la única familia que me queda. Es una historia supertrágica y absurda que ahora mismo *no* quiero contar por nada del mundo, así que, si pudieran...

Ava le lanzó una mirada desvalida a Tricia, quien, por suerte, se hizo cargo.

—Ava, examina las salas de exposición a ver si la encuentras. Enviaré a un par de personas más para que busquen contigo. Señorita, ¿por qué no espera aquí conmigo?

Ava asintió. Al pasar junto a la mujer, titubeó.

—Seguro que está bien —dijo.

La mujer esbozó una sonrisa vacilante.

—Gracias.

— oOo —

Las salas de exposición estaban extrañamente vacías. El mostrador de atención al cliente se hallaba en el módulo central de la tienda y, hasta en días lentos, solía estar ajetreado. El resto de la tienda parecía abandonado, excepto por unos cuantos compradores desganados y un par de adolescentes que alternaban entre enrollarse y sacarse fotos en el Escondite Gótico Pastel. Por otra parte, era temporada baja, un fuerte contraste con el torbellino infernal que habían sido las seis semanas previas a Navidad. Y encima en febrero costaba salir de casa. Ava había sufrido bastante al ir a LitenVärld ese día, y eso que le pagaban por ello. Aun así, resultaba raro ver todos esos pisos falsos desocupados; le recordó a la sensación inquietante de ser la última en salir de la tienda. Cada sala de exposición era un hogar vacío que esperaba el regreso de sus habitantes fantasmales.

O quizá los habitantes nunca se habían marchado, sino que se escondían para observar a los intrusos atravesar sus moradas.

—Tranquilízate —se dijo Ava.

¿Podía culpar al mal de amores de su paranoia y sus pensamientos macabros? O quizá debiera echarle la culpa a febrero. El mes más corto y, objetivamente, el peor.

LitenVärld estaba dispuesto como una parra retorcida, con salas que salían de un pasillo central que serpenteaba por la tienda y se curvaba sobre sí mismo antes de arrojar a la gente al restaurante y las cajas registradoras. Ava recorrió el camino en silencio, buscando a Ursula Nouri en los cubículos. Cada habitación era un pariente insólito y extraño de la anterior. Unidas, parecían un collar feo diseñado por un niño que había elegido las cuentas más horteras.

Esa sensación familiar de desorientación se apoderó de ella, ese leve mareo al ver cómo se apiñaban todas esas salas que no pegaban ni con cola. Se mezcló con su temor y le revolvió el estómago. Dobló una esquina, vio una silueta alta en medio del Habitaciónulo Del Soltero Nihilista y profirió un alarido antes de darse cuenta de que era Jules.

—¡Hostia! —gritó Jules, chocando contra la estantería modular llena de novelas de Camus y Palahniuk—. ¡Pero qué coño! ¿Por qué me gritas?

—¡Lo siento! —exclamó Ava. Su espanto se estaba transformando con rapidez en irritación, como parecían hacer todos sus sentimientos con respecto a Jules—. Me has asustado.

—¿Que te he asustado? —preguntó elle con incredulidad—. Yo no soy quien se ha acercado con sigilo para chillar como un Nazgûl. Por todos los santos, casi me meo encima.

Se apretaba el pecho con un puño, como si la presión le fuera a reducir el pulso.

—Lo siento —repitió Ava, las palabras amargas en su boca. Era como si demasiadas conversaciones con Jules hubiesen requerido una disculpa—. ¿Te ha enviado Tricia para buscar a la abuela desaparecida?

—Me he ofrecido voluntarie. Un ama de casa me había reclutado para dar la brasa a su marido, a ver si soltaba la pasta para un nuevo tocador de baño. Ha conseguido cambiarme el género cuatro veces en dos minutos —explicó Jules. Se agachó para recoger los libros que había tirado de la estantería—. Ha usado dos pronombres distintos, sin hacer caso a mi placa, hasta que al final ha decidido llamarme «tú».

—¿Has visto a la anciana? —preguntó Ava, interrumpiendo su nerviosa perorata—. La nieta dice que ha desaparecido por aquí.

Jules negó con la cabeza.

—He repasado todas las salas de esta zona —dijo, señalando en dirección contraria a por donde había venido Ava—. No he visto nada.

—Joder —replicó esta.

¿A dónde podría haber huido una anciana en una tienda de muebles? Se apoyó en la pared de la sala para pensar.

—Sigo opinando que esta es la habitación más deprimente —comentó Jules como si nada—. Apesta a misoginia y tristeza.

La sala del Soltero Nihilista era uno de los pisos más pequeños. Una cocina minúscula, un escritorio plegable debajo de una cama elevada, ladrillos falsos en la pared. Un único sillón de cuero marrón delante de un televisor de pantalla plana. Ava recordó por un momento el estudio de Jules, que no era mucho más grande, pero sí infinitamente más cómodo. Jules se había negado a comprar nada en LitenVärld, tan solo un juego de platos, y lo había amueblado a partir de liquidaciones y viajes a tiendas benéficas. «En el trabajo, todo forma parte de un conjunto —explicó—. Yo no encajo en ninguno de esos conjuntos».

Ava se dio cuenta de que seguían mirándose sin moverse. Giró sobre sus talones y dijo:

—A lo mejor se ha ido a artículos del hogar.

—¿Tan mala compañía soy? —inquirió Jules. Había algo descarnado en su pregunta, algo encendido y maltrecho que irradiaba dolor—. Ni siquiera soportas estar en la misma habitación que yo. Pensaba que querías que fuéramos amigos.

¿Ella había dicho eso? Seguramente. Se suponía que era lo que debías decir cuando cortabas con alguien a quien no podías odiar, pero a quien tampoco sabías cómo amar.

—Por favor, no te pongas tan dramátique —dijo Ava, intentando mantener la voz serena.

—¿Yo, dramátique? Tú cambiaste todo tu horario para no tener que volver a verme. ¿Y me llamas dramátique a mí?

—¡Creo que es razonable querer un poco de espacio!

Pero una parte lejana e independiente de ella se preguntó por qué, si era tan razonable, se ponía tan a la defensiva.

—Te comportas como una desconocida, como si yo no existiera, como si nunca...

—¿Y qué? ¿Piensas que *exagero*? —espetó Ava.

Era una de las acusaciones que más le había dolido. Que era emocionalmente volátil. Que hacía montañas de granos de arena. Que no podía controlar sus sentimientos. Ella nunca había dicho lo contrario, solo había dejado de fingir con Jules.

Este abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe.

—No voy a discutir contigo en esta habitación tan ridícula —dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

—Por *esto* cambié mi horario —siseó Ava a su espalda.

Jules se detuvo de repente y Ava notó que se le ponía la piel de gallina. ¿Iba a pasar? ¿Una repetición de su pelea, su última pelea, que fue como el resto de las peleas?

—Ava —dijo elle en cambio. Y hubo algo en su voz que atravesó el instinto de huida o lucha que la abrumaba: algo grave, confuso, vulnerable. Jules había pronunciado su nombre como si buscara un chaleco salvavidas.

—¿Qué? —respondió ella. Aún alerta, pero bajando las pistolas.

—¿No estábamos en el Habitáculo Del Soltero?

¿Qué clase de pregunta era esa? Pero la incertidumbre de Jules la contagió. Miró a la derecha: *El club de la lucha* y *El extranjero* seguían en la estantería.

—Sí. ¿Y?

Jules se giró despacio.

—¿No te parece un poco... grande?

El Habitáculo Del Soltero Nihilista, al igual que sus primos Divorciada Cocainómana, Habitante Del Sótano De Sus Padres y Masajista Que Vive En Su Estudio, medían dieciocho metros cuadrados o menos, con una distribución abierta para que parecieran menos claustrofóbicos. Jules se había topado con una habitación separada que no debía existir, una habitación que Ava no había visto desde el pasillo. Su diseño era radicalmente distinto: luminoso, colorido, lleno de estampados florales y plantas falsas, pósteres de lugares fantásticos en la pared. Se parecía a la sala de la Madre Con Crisis De La Mediana Edad, pero esa se hallaba al otro lado de la tienda y estaba

pintada con un cálido color melocotón. La de ahí era de color arena y azul celeste.

Al otro lado del cubículo, Ava veía un pasillo distinto, uno que no debería existir. Lo recorrió con la mirada y ahogó un grito al ver la costura que conectaba las dos habitaciones. Era de un morado oscuro, el color de un cardenal reciente, y se retorció y revolvió como si estuviera viva.

—Esto es raro, ¿verdad? —dijo Jules desde el otro lado de la costura.

Su voz sonaba normal. Ava había esperado oírla distorsionada a través de la abertura.

—Esto es *raro de cojones* —coincidió la chica. No podía apartar los ojos de esa frontera que se convulsionaba. Tardó en captar que Jules la llamaba—. ¿Qué?

Elle alzó un par de guantes de lana púrpura.

—La anciana llevaba guantes de este color, ¿no?

—Mierda —suspiró Ava, y sacó el teléfono que llevaba enganchado en la cadera.

—Esto es maravilloso —comentó Jules—. Es una escalofriante Narnia escandinava. No me puedo creer que hayamos encontrado algo así.

—Tricia —dijo Ava por el teléfono, y Jules volvió la cabeza con brusquedad—. Hay un problema en las salas de exposición.

—Enseguida voy —respondió Tricia antes de colgar.

—¿En serio? —protestó Jules. Suspiró con una decepción melodramática—. ¿Encontramos una arruga en el tiempo y se lo dices a la encargada?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quieres hacer el favor de salir de... la cosa esa? No sabes lo que hay al otro lado.

La costura entre las dos salas se contrajo de una forma desagradable y Ava retrocedió un paso.

—No puede ser mucho peor que lo que hay ahí —replicó Jules, señalando vagamente hacia Ava, LitenVärld o a saber qué.

Jules siempre había querido huir. Durante mucho tiempo, había hablado de marcharse juntas las dos, mudarse o viajar. El destino cambiaba, pero el deseo permanecía. En las últimas semanas, había hablado más a menudo sobre desaparecer por su cuenta. Sin ningún destino en mente, solo... lejos.

—Jules —le apremió Ava, pero no se le ocurrió nada más que añadir.
¿Qué podría decir para traerle de vuelta?

Jules suspiró, bajó la mirada hacia los guantes que sostenía en la mano y cruzó el umbral.

—Ursula tuvo una idea genial —musitó al pasar junto a Ava.